

Castro Orellana, R. (2023): *Dispositivos neoliberales y resistencias*. Herder: Barcelona

Las obra que comentamos constituye un artefacto de intervención en nuestro presente. Este parte de una lectura de la tematización de la gubernamentalidad liberal que Michel Foucault llevó a cabo, especialmente, en su curso del Collège de France *Nacimiento de la biopolítica* (1978-1979). Además, el libro se cierra con un reflexivo y estimulante Epílogo de J. L. Villacañas en el que con tono epistolar, comenta alguna de las tesis del libro.

Para su autor, el concepto de gubernamentalidad, tal y como empieza a aparecer formulado en la última sesión del curso de Foucault *Seguridad, territorio, población* (1978), supone un enfoque que aún puede solventar las limitaciones de otros análisis o aportes teóricos sobre el neoliberalismo. Cabe recordar que, ese desarrollo lo realizó el filósofo francés a partir de un desplazamiento en su análisis o analítica del poder tras la etapa que dio lugar a obras como *Vigilar y castigar*, centradas en un modelo bélico o punitivista de aquel. En términos de dispositivos, estaría marcada por el paso del análisis de los dispositivos disciplinarios de la modernidad a los dispositivos de seguridad propios del contexto de finales de los años 70. Teniendo ello en cuenta, Rodrigo Castro realiza un breve recorrido por esa contribución teórica que constituye la noción de gubernamentalidad: la del gobierno de las almas del poder pastoral cristiano, la de la problemática del poder soberano y la emergencia de la razón de Estado en el siglo XVI y ya, por último, la gubernamentalidad “liberal” que apareció a partir de la crítica al Estado mercantilista y de policía y que hizo del *dejar hacer*, es decir, de la libertad individual, su elemento indispensable.

Lo fructífero del enfoque de Foucault radicaría en su capacidad para dar cuenta de la heterogeneidad del neoliberalismo al concebirlo como algo que trasciende un mero sistema económico, centrándose en el análisis de sus mecanismos de poder y subjetivación. Eso permite una historia del presente sin sujeto o fundamento único en favor de la multiplicidad y la polifonía de las estrategias que lo conforman. Y a su vez, vislumbrar la relación entre *tecnologías de gobierno* - las operaciones que el poder ejerce desde fuera sobre el individuo- y *tecnologías del yo* - aquellas que ejerce el individuo sobre sí mismo-, identificando las operaciones propias de la gubernamentalidad neoliberal. Ya en tercer lugar, también permite comprender la superación de la dicotomía entre poder y libertad, pues en el orden de gobierno neoliberal el poder no se presenta como represión, sino como incitación, como exigencia de libertad (que se apoyará “en la promoción de las diferencias y las singularidades”, p. 53).

A partir de ahí, considero que el mérito del libro se encuentra en que trasciende y actualiza el análisis foucaultiano poniéndolo en diálogo con otros desarrollos (contemporáneos al francés pero sobre todo más recientes) para continuar una ontología del presente en el punto en donde Foucault la dejó señalando los elementos que deberían formar parte de una arqueo-genealogía del neoliberalismo. De ese modo, en el capítulo 2 encontramos uno de los ejemplos de esa extensión hacia el

presente o actualización del análisis foucaultiano de los *dispositivos de seguridad* que unió a la emergencia y consolidación del liberalismo. Este sería el conocido caso del panóptico, dispositivo de visibilidad inspirado por Bentham que el filósofo francés tomó como un modelo de conducción que trascendió la cárcel hacia todo espacio que pretendiera conducir el comportamiento de los individuos. Pues pasado el tiempo, el nivel de permisividad necesitado por el neoliberalismo ha modificado o combinado dicho dispositivo con tecnologías de poder que algunos autores han llamado *pospanópticas* o dispositivo *sinóptico*, ante los que se posiciona el autor. El dispositivo de visibilidad pospanóptico se caracteriza por la extraterritorialidad, la aceleración (la puesta en movimiento frente a la inmovilidad propia del modelo de Bentham), la interacción..., como ya adelantaron Deleuze o el propio Foucault. Pero Rodrigo Castro no rechaza el modelo anterior sino que considera que persiste combinándose con este, es decir, las tecnologías panóptica y pospanóptica se combinan o enlazan a través de “mecanismos deslocalizados de seducción y de dispositivos territoriales de coacción” (p. 81). En ese sentido, prefiere la noción de *sinóptico* de Thomas Mathiesen, el cual pone en el centro una economía de la visibilidad marcada por el “imperativo de la transparencia”, una configuración espectacular de las relaciones sociales que ya adelantó Guy Debord. El resultado es una forma de subjetividad que no requiere ser observada desde una instancia inverificable u opaca, sino que ella misma se convierte en espectadora y emisora de las formas de vida promovidas por el mercado, volcadas en la realización del deseo efímero.

En el capítulo 3 aborda el dispositivo de la salud, partiendo de las relaciones que Foucault estableció entre familiarización y medicina en el siglo XIX. Fue en el proceso de lo primero en el que apareció la invención de la infancia, cuando se apela a la labor educativa y cuidadora de la familia, proceso que se tendrá que completarse, por su insuficiencia a la hora de crear sujetos modelados, con la escuela. La gestión de la infancia y de la familia irá por tanto unida a la difusión de la higiene y al establecimiento de nuevos campos de intervención médica que transformarán las funciones y las configuraciones tradicionales del hospital, espacio que adquiere un nuevo protagonismo, siendo ahora el lugar en el que los individuos son clasificados y parcelados por unos médicos que han desplazado a cualesquiera otros agentes (como los clérigos) del poder hospitalario (legitimados por un nuevo sistema epistémico, claro está). Pero la medicina se convierte a lo largo del siglo XX de instrumento de la economía para mantener cuerpos saludables y aprovechables como mano de obra (medicina de Estado, medicina social o medicina de la fuerza de trabajo) a bien de consumo, y los médicos, de agentes medicalizadores a “distribuidores de medicamentos”, inmenso negocio farmacéutico al que se suma toda una periferia basada en la nutrición, el deporte, la actividad, la motivación... la cual es del todo compatible con la auto-percepción como capital humano propia de la gubernamentalidad neoliberal, lo que el autor llama “imperativos de autogestión del individuo” (p. 113).

El otro dispositivo analizado (capítulo 4) es el de la psicologización, entendida como “gobierno de la subjetividad”. Para ello parte de una revisión de las contribuciones de Foucault a partir de *Historia de la locura* pero sobre todo, del curso del Collège de France *El poder psiquiátrico* (1973-1974), que conectaba con el tema de la gubernamentalidad liberal y hacía avanzar el análisis hasta el siglo XX desde el punto en el que aquel libro lo había dejado. Entonces, el poder psiquiátrico durante la etapa XIX-XX quedaría ligado a los dispositivos de seguridad que el libro

viene analizando, especialmente, el de la medicalización, trascendiendo los límites de los dispositivos disciplinarios que en el caso psiquiátrico se volcaron sobre la separación normal-patológico (como indicaría en su día Robert Castel) y el control o disciplinamiento de lo anormal. Sin embargo, bajo la misma égida de maximizar la productividad de los individuos, los nuevos poderes *psi* romperán aquellos límites al extender la patologización a toda la vida cotidiana, algo a lo que han contribuido especialmente algunas corrientes de psicología terapéutica, comenzando por el Psicoanálisis. Además, se iría produciendo un “desdoblamiento” creciente entre medicina privada y pública u hospitalaria, desinstitucionalizando los mecanismos disciplinarios e insertando la terapia o relación terapéutica (experto-paciente) en la vida cotidiana, o dicho de otro modo, normalizando la psicopatología (aunque a su vez, haciendo de la terapia un bien de consumo solo accesible a una minoría). Por ello, esa psicologización debe de insertarse en el esquema o contexto de la subjetividad capitalista que nos convierte en *empresarios de sí*, pero sin olvidar que la salud mental se transforma a su vez en privilegio de unos pocos, ya que ha desbordado al Estado para convertirse en un puro sistema mercantil.

Ha sido Nikolas Rose, como recuerda el autor, quien más ha profundizado en esa relación entre el poder-saber *psi* y la tecnología neoliberal del capital humano argumentada por Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*. Ello funciona como mecanismo de producción de verdad que promueve con fuerza el imperativo de ser uno mismo, el cual no opera solo a nivel individual, sino que tiene de fondo una motivación política, ya que privatiza las contradicciones socio-económicas del sistema capitalista.

La parte 2 del libro comienza con un capítulo 5 que tiene el sugerente título “Resistir sin un afuera”, en el que se pone en diálogo la obra de Ernesto Laclau con la de Foucault como vía de exploración de estrategias para enfrentar el neoliberalismo en la actualidad. Partiendo de la confrontación del argentino con el análisis del discurso del Foucault de los años sesenta, la pregunta que recorre el texto es la de la posibilidad subversiva de la exterioridad, es decir, de si hay algo afuera de las redes de poder que configuran la sociedad y si ese otro tiene alguna potencialidad para subvertir el sistema: si la respuesta es negativa, “¿qué es resistir sin un afuera?” (p. 163). Parece claro que la concepción relacional del poder de Foucault se puede conectar con la teorización de la hegemonía y el antagonismo en la concepción del populismo de Laclau y Mouffe y su distanciamiento del esquema clásico del marxismo, ya que tanto uno como otros reconocen la imposibilidad de una sociedad suturada y reconciliada pero, ¿qué ocurre cuando este se compara con el modelo menos belicista de la gubernamentalidad neoliberal? Porque en este caso los poderes no tienen como objetivo la eliminación o subsunción del enemigo, sino el gobierno de las conductas dirigido a un fin productivo. Respecto a la pregunta, un análisis de los mecanismos neoliberales lleva directamente a concluir que la resistencia es productiva, en el sentido en que le es funcional, ya que los obliga a reactivarse y actualizarse. Si es imposible el grado 0 de antagonismo, la democracia se erige como realidad política irrenunciable.

Por su parte, el capítulo 7 explora la relación de Foucault con el escepticismo como piedra de toque para un análisis de propuesta de pluralización de las formas de vida frente al totalitarismo estatal y la homogeneización neoliberal. Aquella relación tiene mucho más que ver con su proyecto de historización de la verdad que con una subscripción del programa del escepticismo clásico, siendo ese el sentido de su genealogía del poder-saber. También hay un totalitarismo propio de la filosofía, en

el sentido de una totalización de ese poder-saber que Foucault siempre cuestionó y cuya preocupación compartiría con Odo Marquard, con quien se le confronta en ese momento del libro. Ello conduce a la parte más interesante del capítulo, que es cuando el autor profundiza, apoyándose en J. L. Villacañas, en la condición cínica de la gubernamentalidad neoliberal, ya que esta actúa como un programa que produce, organiza y administra, paradójicamente, la libertad, ocultando su carácter de régimen de gobierno. El fondo de la contradicción se da cuando tras la aparente pluralidad de las formas de vida opera una identificación absoluta del individuo con su actividad productiva, figura-empresa que si por un lado introduce el cálculo económico en todas las facetas de la vida, por otra anula, por la vía de la psicologización, todos los conflictos sociales. Es por ello que escepticismo, como historización de la verdad, y pluralización de la vida, deben de incorporarse al programa de la izquierda (la dificultad estriba, desde nuestro punto de vista, en como articular un frente unitario a partir de la diferenciación posmoderna de las reivindicaciones de los diferentes grupos). Esto nos conduce a la exploración de lo que el autor llama una “ontología de la resistencia” como horizonte de superación del neoliberalismo desde una política de izquierdas. Para ello, ahora vuelve a confrontar la filosofía de Foucault con otros autores que en mayor o menor medida le han seguido, como Agamben o Butler, y busca referencias en Canguilhem para pensar la inexcusable orientación vitalista de ese programa futuro.

Escrito a modo de conclusión, el capítulo 8, con el explicativo título “El lento colapso del neoliberalismo”, aclara la posición del autor respecto a los debates, tanto en su momento como actuales, sobre los rendimientos transformadores del análisis de la gubernamentalidad liberal, clasificándolos entre los que reivindican dicho análisis (Laval, Dardot), critican sus limitaciones, especialmente para la actualidad (Lazzarato, Brown) y quienes inciden en la cuestión de la biopolítica. Para Rodrigo Castro, muchos de estos enfoques no han sabido entender bien la especificidad metodológica foucaultiana y muy pocos, como es el caso de J. L. Villacañas, le han sacado punta a su genealogía del neoliberalismo no solo como mero sistema económico, sino como tecnología de gobierno.

Castro también cuestiona, desde el punto de vista de la construcción de una contestación ético-política al zombie (Fisher) del neoliberalismo, tanto posiciones como la de Chantal Mouffe, que confían en una emergencia populista frente al agotamiento de la hegemonía neoliberal, o la del insurreccionalismo del Comité Invisible, que aspiran a acelerar su colapso. El problema, según el autor, sería que no entienden bien la naturaleza exacta del neoliberalismo, el cual es un poder polimorfo, contradictorio, multicéntrico, que con la estructura de un “ensamblaje” (idea de Nikolas Rose), despliega dispositivos que operan sobre estratos diferenciados entre sí y no necesariamente de manera armoniosa. Eso hace imposible la localización de un centro de mando. Y frente a esta realidad y ese doble vínculo que establecen, tal y como ha estudiado a lo largo del libro, entre el contexto que monetariza toda existencia y la relación que el sujeto establece consigo mismo, basada en la idea del capital humano, solo cabe una actividad política consistente en elaborar “estrategias de subversión” destinadas a minar (por ejemplo, por la vía de historización y desnaturalización) el poder de los dispositivos. Pero también y de forma acuciante, a cambiar nuestra alma neoliberal por otra que ame la libertad.